

# **Cuatro elegías sobre las inquietudes principales de las mujeres y los hombres**

## **Del escéptico**

Para qué ocultarlo,  
yo vine a este mundo con una deformación  
congénita:  
exceso de preguntas  
y una escasez,  
lindante con la inopia,  
de respuestas.  
Algo tan serio como nacer manco,  
mudo  
o con el defecto inocultable,  
vergonzoso,

de una credulidad rotunda,  
indestructible.

Mi primer chillido  
(aquel con el que yo me inauguré  
como persona),  
no era un llanto de dolor  
o la expresión del  
hambre,  
sino un alarido  
que se interrogaba  
que qué diablos me hallaba haciendo  
en esta cuna salpicada de mundo.

Muy pronto,  
invadido de preguntas,  
como si fuesen  
bacterias,  
virus  
o piojos,

me di a tomar por las solapas  
los libros,  
a torcerles el brazo,  
a agarrarlos por el cuello,  
para que contestaran a mis inquietudes.

Ellos me dieron, ay, varias respuestas  
(con las ínfulas de una lámpara  
que se enciende a la mitad  
de un cuarto oscuro)

que en el fondo no eran  
sino agua turbia,  
enlodada por la duda,  
agua en la que, a pesar de su braceo,  
nafragaba la transparencia.

Si hay algo que me produce náuseas  
son los dogmas,  
la pretensión  
de haber escarbado

en algún recoveco del mundo  
hasta hallar no sé  
cuántas vetas  
de verdades contantes y sonantes  
que, fundidas en barras de pedantería,  
desgastan las yemas de los dedos  
del plutócrata y avaro  
metafísico.

Los dogmas son los pilotes  
sobre los que levanta su iglesia  
(la más alta construcción de todo pueblo)  
el fanatismo.

Son las “devotas convicciones”  
-tomadas de la polución ambiental  
o de la histeria de los conventos-  
que no tienen más soporte  
que la mendaz declaración que se realiza  
tras de poner la palma de la mano  
sobre las Sagradas Escrituras

o sobre cualquier famosa superstición  
de los creyentes.

Yo soy aquel que organizó

una cruzada

contra los dogmas,

una guerra a muerte

contra el idealismo,

el materialismo

y el pajarraco ecléctico

que pretende volar,

a dos alas;

también una batalla a muerte

contra los hombres de ciencia,

los filósofos,

los taumaturgos

y la muchedumbre de chamanes

y merolicos que lucen

el tatuaje iridiscente de la verdad

a mitad de su pecho.

A veces me digo,  
parodiando al varón de Atenas:  
*sólo sé que nada sé.*

Y me quedo feliz,  
aspirando grandes bocanadas de oxígeno,  
satisfecho de haber encontrado  
la única piedra verdaderamente sólida  
en que es posible poner con seguridad  
mis pies recelosos y dubitativos  
o mi cansada sien  
muerta de dudas.

Reloj en mano,  
doy mi brazo a torcer  
sólo un instante,  
tan fugaz  
como un parpadeo arrepentido.

Pero, ¿por qué creo saber que no sé?

¿Por qué tengo la petulancia

de decir: aquí está por fin una verdad;

aquí hay, amigos míos, un despeñadero de dudas;

aquí tengo algo tan cierto,

tan incuestionable,

tan verdad a la mano,

que, a partir de ella,

con ella

por ella,

puedo construir un nuevo templo:

la iglesia de los que *saben que no saben*,

de quienes afirman que la inteligencia,

-aunque el termómetro denuncie

su tendencia a sufrir

delirio de grandezas-

no es capaz más que de conocer

su incapacidad.

Pero, ¿no es esto ponerme trampas?

¿Volverme el feligrés  
del más insípido,  
negativo y demacrado  
de los dioses?

Yo no soy,  
no puedo ser un dogmático;  
mi corazón ama el silencio  
y repudia la algarabía  
de la lengua sin riendas.

El *dubitandum est* de mi cerebro  
me impide declararme partidario  
de ninguna afirmación o negación  
con desplantes  
de monarquía absoluta  
o de rayo que cae abruptamente  
sobre la página en blanco de mis neuronas  
a formar evidencias,  
a formarlas;



sería como ponerle una soga al cuello  
a mi severa y cautelosa razón  
-que tiene como oxígeno la duda-  
y obligarla a sufrir el trago amargo  
de la asfixia.

Pirrónico radical,  
                  en verdad tampoco sé  
si lo único que sé  
sólo es que nada sé.

Ni siquiera me es dable  
tener una verdad pequeña  
como una flor, que pueda guardar  
en un libro,  
ponérmela en la bolsa de la blusa,  
o guardarla debajo de la almohada  
para los tormentosos días  
en que quiero dar sentido

al enorme garabato  
que mis pies van construyendo  
en los ires y venires  
de mis huellas.

¿No puedo, ay, nunca decir:  
“de este dogma no beberé”?  
Y si lo hago ¿no me encuentro  
rindiendo pleitesía,  
como un vulgar creyente  
de su falacia,  
a este *no* que brota de mis labios  
enfermo de soberbia?

Y entonces qué desastre,  
qué galimatías,  
qué estercolero de vivencias  
corren a lo largo y a lo ancho de mí mismo:  
siento de repente en mi tórax

un péndulo  
que accediendo a un punto apenas  
-devorando las escasas migajas del presente-  
cuando se ve arrastrado a proyectarse  
al lado opuesto.

Cartujo del escepticismo,  
y con la idea de que no me es dable  
afirmar o negar  
nada de nada,  
llevo mi lengua al cadalso de los dientes cerrados  
y opto por la mudez,  
por poner mi boca en cuarentena,  
dejar de alimentarme  
con pájaros vivos,  
arrojar por la borda  
todo mi combustible de saliva.

El universo

-ese que tenemos arriba y abajo,  
a izquierda y derecha

de nuestra pregunta-  
se enterca en no hablar.

No nos dice qué es, si es que es,  
o por qué, cómo y para qué.

El cosmos exhala un gran silencio,  
un silencio descomunal  
del tamaño de todo lo que es  
o parece ser.

Ese silencio cósmico  
me lo introduzco en la boca,  
lo saboreo,  
lo mastico

-rumiar es la forma material  
de la meditación-  
hasta que lo vuelvo comestible  
y me lo trago, zás,  
haciendo que se distribuya

por todos mis entresijos.

## **Del creyente**

1

Mis padres, desde que era muy niño,  
un día de mi santo,  
me regalaron a Dios.

Me dijeron que ellos,  
aunque fuesen inteligentes y creativos,  
eran incapaces de sacar de la nada  
ni siquiera la exangüe promesa  
de un corpúsculo.

Que no tenían la menor capacidad  
para lucubrar milagros;  
que las estrellas,  
los quásares  
y los armadillos

hacían lo que hacían  
sin la menor intervención  
de ellos;  
que tenían manos,  
dos cada uno,  
pero que a tales pedazos del cuerpo  
en realidad de verdad  
no les era dable llevar a cabo  
nada que valiese la pena.

Que me podían dar una aspirina,  
alisarme el cabello,  
regalarme un calendario,  
acudir en mi ayuda para desatar  
algún nudo en mi garganta  
o enjugar mis lágrimas  
con el pañuelo espiritual  
de la consolación; pero que de plano no sabían  
contar el número de olas

que traía consigo,  
desde su nacimiento,  
el mar.

Ni predecir, desde la atalaya de la causa,  
las veleidades del efecto.

Que me podían dar consejos  
para que fuera un hombre justo,  
sin frívolos hormigueos  
en las plantas de los pies  
o intenciones de violar  
a cuanta muchacha hermosa  
se cruzara en mis andares.

Pero que no sabían *motu proprio*  
qué diablos hacíamos, ellos y yo,  
y los millones y millones  
de personas existentes  
en el planeta llamado Tierra,  
que, según se afirma,  
es el único hogar

del ser humano.

Me decían que,  
aunque ellos me amaban y reconvenían,  
no eran en realidad  
más que padres postizos,  
    prestanombres,  
y que necesitaban,  
(tanto ellos,  
como yo  
y el puñado de hermanos  
que hacían fila para saber  
también de sí),  
de un Padre de verdad  
con una P mayúscula del tamaño  
de un templo.

Un Padre  
que no estuviera aquí



(sentado a la mesa,  
tosiendo en el cuarto de junto,  
viajando en el metrobús  
o viviendo  
en un asilo para vientos desdentados),  
sino que se hallara en los cielos,  
en los lugares recónditos  
donde resuenan  
campanas de ultratumba,  
que no son los que están arriba  
a golpe de ojo despejado  
o de telescopio  
con delirio de grandezas  
y el afán irreverente  
de pisarle los pies al infinito;  
que no son los plagados de supernovas,  
hoyos negros y dolores de cabeza,  
sino que están ubicados  
en un litoral incierto,

inimaginable,  
inaccesible,  
en que lo portentoso lleva  
la voz cantante de la batuta  
y la perfección goza de mayoría  
en el Congreso.

En estos lares, todo lo material,  
lo que huele a existencia,  
a moléculas dejadas de la mano de Dios,  
a óvulo que fecunda  
                    no el casto soplo divino,  
sino la material astucia  
del espermatozoide,  
es mal visto,  
puesto en la lista negra  
y, víctima de la discriminación,  
arrojado sin contemplaciones  
a la cloaca maloliente de la vida,  
a la carne aderezada sin incienso.

Estoy feliz de que mis padres  
pusieran en mis manos  
la fe.

Cierto que lo hicieron  
cuando la lógica  
-bella durmiente en mis entrañas-  
aún se hallaba perdida  
en alto sueño;  
pero el don fue tan importante  
que, cual cayado,  
metrónomo del corazón  
o ángel custodio contratado de por vida,  
me ha servido de guardián desde entonces  
con la perseverancia de la sombra  
que, como mi perro,  
gruñe a todo peligro

que me amaga.

La fe choca con las “verdades” tímidas,  
conformistas,  
que se limitan a tenderle redadas  
a la apariencia.

Ella toma las inquietudes por los cuernos  
y piensa que en lo *absoluto*,  
en la raigambre espiritual  
del teatro de espejismos,  
las preguntas  
ya no se hallan muertas de hambre  
por sus respuestas.

La fe repugna a los ciegos,  
a quienes carecen de la audacia  
de aletear sus ímpetus  
y arrojar el lastre que conservan aún  
sus más altas miradas,

a los que ponen a la razón  
(que mezcla sus evidencias y silogismos  
con el azufre)  
en el altar de su entraña,  
en el hueco emocionado  
donde podría haber  
la divina providencia.

Cuando mi devoción lo exige,  
junto las palmas de las manos  
-con la punta de sus dedos  
a la altura de la barbilla-  
y formo las cúpulas de una pequeña iglesia,  
un microsantuario  
para uso personal.

Allí mi corazón oye misa,  
arrodillado,  
y dice sus preces palpitantes  
a mi Dios de la guarda.

Sé, mis amigos,

lo que va a decir de mí

la legión de incrédulos y herejes.

“Es un supersticioso. Le rinde culto

a las partes más primitivas del cerebro,

no se da cuenta de que lo que tiene

por verdades definitivas

(reveladas por una divinidad

a quien un día le dio

por las confidencias)

no son sino juegos de manos,

triquiñuelas de sacerdotes

que comercian con el cielo

o indicios del atraso inmemorial

de quienes ignoran hasta

la o de sus ojos

por lo redondo”.

Pero que digan misa.

La misa negra de sus ateísmos  
e incomprensiones.

La fe es el único camino  
para declararle la guerra a la oscuridad,  
ganarle a pulso todas las contiendas,  
arrojarle cubetazos de pintura blanca  
y tenerla aquí,  
a nuestros pies,  
deshaciéndose como una estatua de lodo.

Es el dorado picaporte  
para acceder a la mansión suprema,  
o la combinación segura  
para abrir la caja fuerte del arcano  
y dar de bruces  
con un mundo  
que deja de tener a la felicidad  
como mero hotel de paso.

La fe me permite  
darle rienda suelta a mi deseo.  
No encadena mis ansias  
-que desbordan los límites  
que me oprimen y asfixian-  
a los hechos duros,  
vociferantes,  
de la experiencia.

Si me enfermo,  
si contraigo un demonio  
(de los muchos que van  
en alada purulencia  
por el aire)  
y siento que el maldito  
se instala como Pedro por su casa  
en algunas de mis células



para después saltar,  
en propulsión de azufre,  
de un lugar a otro de mi angustia,  
no confío en las manos,  
de ademanes mediocres  
y acciones marrulleras,  
de los médicos  
vestidos con el blanco  
de la plena ignorancia,  
o en la pretenciosa alquimia de los fármacos  
que vuelan a ciegas  
y ejercen sin título.  
Desconfío de todo lo que los mortales  
hacen para curar  
a los mortales.  
Sé, en cambio, de las virtudes de las plegarias.  
Un par de padrenuestros  
o avesmarías  
y, la tos obcecada,

el dolor de cabeza  
o la muela del juicio  
que destruye el orden cósmico,  
se esfuman de inmediato.

#### 4

Tengo garantizada la salud  
-en la medida en que algo tan frágil  
y efímero puede ser garantizado-  
con las virtudes terapéuticas  
de mi devoción.

Todo, hermano,  
es pedir con humildad y sin reposo  
y la herida es suturada  
por una cicatriz que surge  
de repente.

La fe me da el privilegio  
de jalarle la manga a mi Creador

para pedirle  
el milagro indispensable  
-en la dosis adecuada-  
para restablecer en mi organismo  
un bienestar complaciente  
de entrañas  
y de huesos.

Todo esto me brinda serenidad.  
No me siento a la deriva,  
a la mitad de un mar huracanado  
de lágrimas,  
braceando entre las olas y la asfixia,  
a la infructuosa búsqueda  
de la escafandra eterna  
del oxígeno.

Mi secreto está en volver los ojos  
hacia arriba,

hacia el punto espiritual en el que el cielo,  
sin desnudarse del nombre,  
deja de ser aquende.

Qué duda cabe:

hay que ponerles un hasta aquí

o torcerles el brazo

a los virus y bacterias

que corren

diligentes

en mi sangre,

como si no existieran

los sagrados anticuerpos

nacidos en las yemas

de los dedos divinos.

5

Me tomo muy en serio

la afirmación de que Dios

está en todas partes.

Por eso no necesito ir a la iglesia para rezar

-aunque no dejo nunca de asistir

a la matiné con dos misas

del domingo-

y también por eso

lo hago donde sea

y en la hora,

minuto

y desesperación

que sean.

A veces me hinco de rodillas,

junto mis manos

y dirijo mis oraciones al crepúsculo.

Otras, dialogo horas enteras

con el agua bendita.

Unas más, tomo una piedra

(que, presumo, se halla plagada

de poros auditivos)

y le dirijo mi ruego  
elevando poco a poco su volumen  
del murmullo hasta el aullido.

Yo tengo la suerte,  
no de creer, sino de saber  
que no tengo las horas contadas,  
ni se halla mi total extinción  
-los brazos abiertos esperando mi arribo.  
Que, si antes de mí no había nadie  
que fuera yo  
(porque del no ser Dios obtuvo  
el alma y la carnezuela de esta criatura),  
después de mi persona  
habrá un yo corregido y aumentado,  
alguien dichoso de conocer,  
vivir,  
sentirse copartícipe  
de la *lux aeterna*.

Así soy yo. Y ésas  
mis creencias y seguridades.  
Por eso, para mí,  
en rigor de verdad,  
la muerte  
no tiene más importancia  
que cambiarse de camisa,  
estrenar zapatos,  
aprender a cantar nuevas canciones  
o prescindir por un momento de mis ojos,  
mis manos,  
mis recuerdos,  
con la certeza inmarcesible  
de encontrarlos después.

## Del panteísta

### 1

Yo no creo en Jehová,  
ni en el Dios Trino y Uno,  
ni en el Dios de Mahoma.  
Creo en Algo, al que llamo Dios,  
porque pienso que la materia  
no puede andarse inmiscuyendo  
en todo:

en la belleza del crepúsculo,  
en las manos de la generosidad  
que son sólo estaciones de paso  
de las cosas que se obsequian,  
en el libre albedrío  
con que el hombre o la mujer  
dan forma de puño a su voluntad.



Todo esto no cae del lado  
de lo maloliente,  
los miasmas,  
la basura  
o lo meramente carnal,  
sino del lado del espíritu,  
de los benditos salmos de las piedras,  
del aleluya que brota  
de la misión cumplida.

2

Las cosas,  
los cuatro elementos  
-todo lo que,  
en vez de quejarse, rechina;  
en vez de cruzarse de brazos,  
se estanca;  
en vez de tomar el báculo,

abrir la puerta  
y poner los ojos en el camino,  
se vuelve polvareda-;  
todo lo material, insisto,  
sin lo ideal, lo anímico,  
lo valioso,  
es decir,  
sin la voz de mando de lo espiritual,  
sería inerte  
inanimado,  
arrojado a la cárcel  
de la física y sus leyes  
inanimadas y más frías  
que el hielo de la indiferencia.  
Pero las cosas,  
aunadas desde siempre con lo anímico,  
celebran momento a momento  
sus bodas de nunca acabar,  
forman unidad con él

-como las flores que,  
con un manual de estética en las manos,  
pergeñan su perfume-  
y no son sino las dos facetas  
de una misma realidad.

Como San Francisco,  
amo los animales,  
las flores, el sol y la luna,  
las estrellas y todo el universo;  
no porque sean criaturitas  
u obras descomunales  
salidas de la división del trabajo  
de los dedos de Dios,  
sino porque son manifestaciones,  
modos de ser,  
relampagueos  
o adjetivaciones  
de lo divino.

Pero mi Dios  
es una divinidad impersonal,  
cuyo hallarse en donde quiera,  
su meterse en todo lo que importa,  
no es una más  
de sus propiedades,  
sino su esencia.

Este don ubicuidad quiere decir  
que, por ocuparlo todo  
(o ser donde sea)  
no se encuentra en “un lugar”  
privilegiado y único,  
donde se dedica,  
de tiempo completo,  
a saber de sí

o a estar al tanto de sus límites.

Para mí no es, no puede ser,

una Persona -o tres-

que vivió, vive y vivirá

independientemente de sus criaturas.

Dios está en el infinito inventario

de lo existente.

Es uno con todo de lo que se halla

(conjugando en voz baja alguno

del infinito número de verbos

que hay en el cosmos)

en el espacio y el tiempo.

Vuelvas los ojos a donde los vuelvas

ahí está Dios:

en las novas y supernovas que descuartizan el cielo,

en las fresas donde la sangre se coagula dulcemente;

en la hormiga que corre a refugiarse

en las galerías de lo invisible

o, si se le obliga, en alguno de sus ojos:  
en el frasco de tinta  
donde duermen,  
amalgamadas,  
todas las criaturas de la fantasía  
o en la divina gracia con que Mozart  
plagia sus aires inspirados  
al mismísimo viento.

5

Los humanos también formamos parte,  
o hacemos, o completamos  
a Dios.

Dios muere y renace todo el tiempo.

Es semoviente e infinito.

Es el coche y el cochero.

Es el camino y el andariego polvo

que, aun perdiendo la brújula,

lleva en los pequeños diálogos del báculo

y las sandalias  
su itinerario.

Y va para adelante  
con el auxilio de todas las manos  
de la espiritualidad  
empujándolo.

Por eso vamos a reencarnar  
una y otra vez  
(en ocasiones -o karma-  
amueblando el futuro  
con los desvencijados muebles del pasado)  
hasta llegar al *nirvana*;  
que no me pregunten qué es  
porque -con esta lengua narcotizada  
por su propia ignorancia-,  
no sabría decirlo  
y yo mismo no sé, cuando digo lo que digo,  
de qué me encuentro hablando.

Impersonal como que es,  
carece de conciencia  
y no hay espejo capaz de reflejar  
una Persona que es,  
desde siempre,  
dispersa,  
inabarcable.

Pero hay una excepción:  
en las mujeres y hombres  
Dios adquiere por fin  
conciencia de sí mismo.

La humanidad es aquella parte de Dios  
que, escuchando las voces  
de no sé qué neuronas,  
logra saber de sí.

Y nosotros, como aquello finito



encinta de infinito,  
no vamos simplemente a morir como los  
electrones,  
la Sierra Madre Oriental  
o la estrella de la tarde,  
que serán arrastrados  
por una puntualidad insoslayable  
a su cita con la muerte,  
sino que podemos transmigrar  
de un cuerpo a otro;  
hacer una carrera de relevos  
donde cada quien  
le pase su anímica estafeta al corredor siguiente,  
sin el peligro de que,  
en el tránsito,  
se nos venga el alma al suelo  
y se ahogue  
en la atmósfera asfixiante de la nada.

## Del materialista

En este universo,  
*uno y el mismo para todos,*  
no hay un lugar  
donde lo existente,  
limitado y mal hecho,  
halle manera  
-aleteando un propósito,  
dando un salto descomunal,  
subiéndose a un árbol  
o escalando una montaña  
para tutearse con las estrellas-  
halle la manera  
de acceder a los palacios de la perfección  
y entablar relaciones con los ángeles  
u otras criaturas

sin defecto concebidas;  
ni hay otro,  
separado del anterior  
por un muro invisible,  
para las células y tejidos de gusanos,  
chacales,  
serpientes,  
el lodazal completo de virus y bacterias  
y las mujeres y hombres que cargamos  
la joroba de nuestra materialidad  
y la maldición pecaminosa de una carne  
muy dada a padecer  
punzadas de lujuria.

Este cosmos no ha sido creado

*ni por ningún Dios ni por ningún hombre*

Yo no creo que el sol, la luna, las estrellas  
y el debe y haber del infinito

-para no hablar de los animales  
que mordisquean la hogaza succulenta  
de la razón-  
hayan sido creados  
por la grandeza omnipotente de Dios,  
ni por la ruidosa insignificancia  
de nuestra mente,  
que a veces se encarama a la soberbia  
hasta la vertiginosa altura  
del ridículo.

Como los materialistas afirmamos que,  
directa o indirectamente,  
a la corta o a la larga,  
todo influye en todo:  
se nos ataca diciendo que  
pensamos que el ruiseñor enfermo  
puede ser una de las causas

del choque de dos trenes,  
que el eclipse lunar  
podría conducir  
al suicidio colectivo de los alces,  
que la muerte de un lama budista,  
en abonando la tierra,  
posible es que influya en el color  
de las alas de las mariposas  
o en el silencio (con calderón)  
del búho nocturnal.

Se nos ataca asentando:

pero qué locura es ésta que afirma  
que la materia, saltando sobre sí misma,  
se hace espíritu,  
que las piedras declaman madrigales,  
que el molino de los vientos tararea  
la música de los astros.

Pero qué remedio.

La realidad no surge de los telares de la creencia  
ni se genera en el tronido sinfónico de los dedos  
del milagro.

Qué remedio.

La poesía, mis queridos,  
no es sino el producto de la materia  
altamente organizada.

El que todo puede influir en todo  
resulta verdadero  
si se investigan y descubren  
las infinitas causas que zurcen,  
con el ligamen del misterio y la niebla,  
unas cosas con otras,  
porque no hay sino un cosmos.

Inabarcable, sí,  
y que se aleja, desde luego, expandiéndose,  
de nuestro conocimiento.

Pero encerrado en la discreta continuidad  
de lo infinito.

La creación implica ciertos negocios turbios  
con la nada.

Una prestidigitación metafísica incomprensible  
(que deja a media frente  
crucificado el pensamiento)  
o lo que es peor: un tramposo juego de manos,  
ay, que escamotea la verdad  
hasta volverla el tumor canceroso  
del dogma.

La nada borronea cuanto existe.  
Y hasta como nada ínfima,  
o *petite rien*, jugando con el aro  
de su cero,  
a medida que deambula  
destruye los jardines en que juega.

Ignorantes y necios, escuchadme:

la nada jamás será preñada  
por el ser.

En la nada no hay algo  
-ni un puntito escondido en la insignificancia-  
capaz de dejar de ser  
lo que siempre ha de ser:  
nada,  
sólo nada.

Como esta última  
tiene como cualidad esencial  
ser imposible,  
el universo es imperecedero.  
Y también infinito,  
con devenires de nunca acabar,  
y límites inmolados  
por la artillería pesada



de lo eterno.

El cosmos *ha existido, existe y existirá*

por los siglos de los siglos.

En primera y única persona

conjugua todas las formas verbales

en presente de perpetuidad.

Los relojes no son los apuntadores teatrales

de los actos en que se desenvuelve

la naturaleza toda.

No me seduce la parábola del clásico:

aquella de que el alma

se halla prisionera en un reclusorio

de carne y hueso.

Y de que,

si el cuerpo se enferma gravemente,

la prisión deja de ser

de máxima seguridad:

los centinelas se descuidan,  
los muros son incapaces de extinguir  
las ardorosas ansias del recluso  
por abordar el humo de la fuga,  
la libertad se levanta de su lecho  
y canta, a grito pelado,  
furibundas canciones a la libertad.

Ya en la agonía  
se escucha el estruendo de alas de la paloma,  
las llaves tintinean el aleluya  
que celebra  
el tránsito incontenible,  
deseado  
e inminente.

El ser humano no nace  
del pacto,  
la alianza,

el matrimonio secreto,  
invisible,  
intrauterino,  
de dos realidades contrapuestas,  
como lo blanco y lo negro  
que se sienten traicionados  
por los pretenciosos desplantes  
de lo gris.

La carne  
no es la casa de alquiler  
de un alma que en esencia  
jamás se contamina  
de la impureza de los adobes  
que forman su habitáculo,  
y que, en viviendo,  
y llevando su morral de gerundios  
a los hombros,  
desarrolla unas alas capaces ,

no de volar por las grandes extensiones  
del firmamento,  
tendiendo caprichosas líneas geométricas  
en nuestro cielo físico,  
sino de remontarse al más allá  
cuando llegue el momento  
imperioso de hacerlo,  
cuando el reloj  
-cantando a dúo el último suspiro  
con el pulmón agonizante-  
empuje al cuerpo  
a dar de bruces en el polvo.

Nos guste o no  
(cuando el pulso pida la palabra  
para decir su último parlamento  
de latidos,  
cuando la sangre mude su carrera

por el andar despacio,

pian pianito,

*diminuendo*

que acaba por detenerse

en la coagulación de la existencia)

el espíritu,

el alma,

se apagarán repentinamente

como el cirio

que, con el soplo interior de su último aliento,

se queda para siempre sin su llama

y deja tras de sí

-después de padecer los estertores

del chisporroteo-

su cadáver de cera.

Desaparecerán para siempre

-la nada acurrucada en su ataúd-

en una fosa recubierta

por las capas de tierra necesarias  
para el triunfo del olvido.

No hay nada,  
a lo largo y a lo ancho  
del eterno mundo,  
que haga votos de inmovilidad  
y se quede inerte,  
congelado.

El universo existe  
*como un fuego eternamente vivo,*  
*encendiéndose y apagándose de conformidad*  
*con medidas.*

No hay nada  
que se quede inerte,  
congelado,  
y se quede quietecito,  
congelado,

como una estatua construida  
con mármol inmarcesible  
(refractario al tiempo y a su afán genocida)  
traído expresamente de las canteras  
de ultratumba.

Aunque alguno eleve sus rezos a lo intemporal,  
no es posible meterle el freno al cambio.

Un riachuelo puede  
bajar de velocidad,  
reposar por un instante en el remanso  
que le jala las riendas a lo urgente;  
pero no le es dable pararse en seco,  
tener a raya a sus moléculas,  
y obtener la quietud  
de un agua que se estanca  
hasta lo sólido.

Como el día y la noche,

todo se halla marchando en el gerundio  
nuestro de cada día,  
de nunca acabar,  
de correr fagocitando porvenires.

Todo. Desde la dimensión  
indescriptible del cosmos  
-en que palabras como gigantesco,  
enorme, titánico-  
son como pobres botellas  
con delirio de grandeza  
que pretenden absorber el mar,  
hasta el ínfimo corpúsculo  
-del que sólo de oídas sabe el ojo-  
enamorado  
de la nada.